

El mes más largo y unos puentes lejanos

El historiador británico Antony Beevor, posiblemente el mejor escritor militar de nuestro tiempo, ofrece una vibrante visión canónica de la batalla de las Ardenas

Ardenas 1944. La última apuesta de Hitler

Antony Beevor
Traducción de Joan Rabasseda y Teófilo de Lozoya
Crítica. Barcelona, 2015
608 páginas. 27,90 euros

Por Jacinto Antón

DE NUEVO MARCHAMOS a la guerra con Antony Beevor. Esta vez, parafraseando al recordado Cornelius Ryan, al mes más largo y a unos puentes —los del Mosa— muy lejanos (para los *panzers* alemanes). Después de su *El Día D* y del compendio de la II Guerra Mundial, el historiador militar británico nos sumerge en toda la intensidad de la batalla de las Ardenas o del Saliente, una de las más famosas de aquella contienda y también de las que más han impactado en el imaginario popular. La combinación de oscuros bosques, nieve, tanques, combates desesperados, ataques empecinados y defensas numantinas (Bastogne), heroísmo y padecimientos inenarrables (80.000 bajas por bando) creó un poderoso escenario bélico, comparable a Stalingrado, Normandía, El Alamein o Kursk.

La narración que hace Beevor es en lo esencial muy canónica, y con ello se desmarca de la reciente interpretación del sueco Christer Bergström —*Ardenas, la batalla*, Pasado & Presente, 2015—, que sostiene que Hitler no andaba desacertado (en esto) y que los alemanes tenían opciones de victoria en su intento de, irrumpiendo a la carrera por Bélgica hasta Amberes, crear una cuña entre los ejércitos de Estados Unidos y Gran Bretaña, embolsarlos y destruirlos al estilo de la guerra relámpago. Para Beevor no hay caso: la ofensiva de las Ardenas, lanzada el 16 de diciembre de 1944, supuso para el bando alemán un absurdo dispendio de recursos insustituibles que hubieran podido ser aprovechados mucho más cabalmente en el frente del Este. De hecho, sostiene, la batalla, un helado horno en el que se fundieron algunas de las mejores unidades acorazadas de la Wehrmacht y las Waffen SS, permitió a los soviéticos disfrutar de mayor ventaja todavía en su ofensiva de enero desde el Vístula. Cabe imaginar que sin las Ardenas —donde, además, Hitler se obstinó enlo-



Imagen de la batalla de Ardenas que arrancó con una ofensiva alemana en diciembre de 1944. Foto: Ullstein / Cordon Press

quecidamente con tomar Bastogne como si fuera otro Stalingrado—, los Aliados occidentales hubieran marchado hacia el corazón de Alemania más rápido que los rusos y habrían quizá llegado a Berlín antes.

Que la visión general del historiador británico sea la que siempre se ha explicado —los alemanes no podían lograr unos objetivos que, simplemente, estaban más allá del alcance de sus fuerzas; los aliados fueron cogidos literalmente con los pantalones bajados, etcétera— no quiere decir que su libro no contenga, como es habitual, además de la mejor prosa militar de nuestra época, cosas sorprendentes y provocadoras (además de señalar la propensión de los Sherman a patinar en las carreteras heladas). Uno de los episodios más tristemente célebres de la batalla de las Ardenas es la matanza de Malmédy, en



la que los *panzergrenadiere* del teniente coronel de las SS Joachim Peiper ejecutaron a 84 soldados estadounidenses. Beevor subraya cómo las noticias de esa atrocidad —y otras similares, a las que las unidades

de las SS se habían habituado en el Este— provocaron un afán de venganza entre las tropas de Estados Unidos que generó matanzas de prisioneros alemanes, como en Chenogne, donde se fusiló injustificadamente a 60 soldados. Beevor ya nos había revelado asesinatos de esa clase en Normandía, pero en las Ardenas, denuncia, se

realizaron con el conocimiento, la aquiescencia e, incluso, el estímulo oficial del mando. El historiador compensa esta imagen recalando el extraordinario valor de algunas unidades que lograron lo impensable frenando o ralentizando la implacable ofensiva alemana en sus inicios.

A destacar el muy negativo retrato que hace de Omar Bradley, al que siempre habíamos tenido por un general cabal. No solo lo pone como chupa de dómine por su responsabilidad en la debilidad del frente y su absoluta incapacidad para entender la ofensiva alemana, sino que le achaca haber aprobado la ejecución sumaria de soldados alemanes.

De nuevo, Antony Beevor pone de relieve el inmenso sufrimiento de la población civil. En su relato de la batalla no solo nos hace vivir las experiencias y penalidades de los soldados acurrucados en sus pozos de tirador o a lomos de sus blindados, sino que nos lleva a los sótanos y granjas en los que se refugiaban los atropellados

civiles belgas, de los que murieron 2.500.

Más allá de la reconstrucción minuciosa de la batalla en toda su complejidad militar —para hacerla más inteligible, Beevor la contextualiza por delante y por detrás, dedicando los capítulos centrales, 10 días de diciembre, del 16 al 26, al núcleo duro (!)—, es otra vez la escala humana lo más sobresaliente: el miedo, el hambre y el frío atroces, el pie de trinchera y la disentería, el efecto de “picadoras de carne” de las ametralladoras de 50 milímetros, el terrible fósforo blanco, los jabalies que se comen las entrañas de los soldados reventados en los bosques, el horror dantesco de los hospitales de campaña o la escena del paracaidista alemán muerto, bajo el que los soldados estadounidenses encienden una hoguera para descongelarlo y poderle quitar las botas. •

CINCO PISTAS SOBRE... Trieste como espacio literario

La ciudad de perfil

Autores como Joyce, Svevo, Saba y Magris han marcado el particularismo cultural triestino. Pero hay muchos más

Por Javier Goñi

1. Saba, Svevo. E incluso Joyce, que vivió en Trieste, la ciudad de perfil, la ciudad austro-húngara del Adriático, que quiso ser, y lo es, italiana, esa ciudad que mira al mar empujada por el imponente macizo montañoso del Carso. Las huellas del gran Umberto Saba, poeta y librero; del inmenso Italo Svevo, novelista y judío, incluso las de Joyce, que vino a Trieste para ganarse la vida dando clases de inglés y escribir sus mejores textos, están presentes —placas, estatuas de bronce, recorridos a pie— por toda la ciudad. Pero

hay otros escritores triestinos. Estos, y otros más.

2. El particularismo triestino. La expresión se la tomo a Claudio Magris, que tanto ha escrito sobre su ciudad natal. Y sobre sus escritores, sobre Scipio Slataper, nacido austro-húngaro, muerto como voluntario italiano en la Gran Guerra, autor de *Mi Carso* (Ardicia, 2014), una bellísima elegía sobre Trieste y su diversidad. Slataper influyó en Giani Stuparich, autor que sobrevivió a la Gran Guerra, aunque no su hermano Carlo, también escritor (los dos comparten calle y reposan en el mismo mausoleo

familiar). De Giani, esa gran editorial que es Minúscula ha publicado tres libros, el último, *Guerra del 15*. Otra joya, *Un año de escuela en Trieste*.

3. Marisa Madieri. La mujer de Magris, nacida en Fiume, tierra croata que dejó de ser italiana tras la última guerra, al final de su vida, truncada por un cáncer, escribió uno de los libros más conmovedores que uno ha leído, *Verde agua* (Minúscula, 2000; hace unos meses salió en otro formato), un terrible y bellissimo relato sobre esos exiliados italianos, judíos unos, otros no, refugiados en Trieste y expulsados de Fiume. Un bellissimo ejercicio de memoria histórica y familiar que la autora hizo convivir con su propia realidad: “Quizá un bultito que me he descubierto otra vez en el pecho me recuerda...”.

4. Otras estelas. Franco Vegliani (Trieste, 1915), su padre, de Fiume. Combatiente en la última guerra, fue periodista y escritor. Minúscula ha editado *La frontera*; para Magris: “Uno de los libros más hermosos de la literatura triestina de posguerra”. O

P. A. Quarantotti Gambini, compañero de Saba de cafés, muerto hace 50 años y autor de *La estela del crucero* (Seix Barral, 1971), sobre la amistad de tres adolescentes en el puerto triestino. O Roberto Bazlen, muerto hace 50 años, que nunca quiso publicar este texto inconcluso, *El capitán de altura* (Trama, 1996). O el poeta dialectal, Virgilio Giotti (Colores, Pre-Textos, 2010). O Fulvio Tomizza, descatalogado en Alfaguara. O...

5. El librero alemán. Además de todos estos textos citados —y los olvidados—, el viajero curioso que recorra esta ciudad fronteriza, aplastada por el Carso y por la historia, cruce de caminos y civilizaciones, no debe dejar de meter en la mochila alguna de las muchas novelas policíacas del alemán, establecido de librero en Trieste, Veit Heinen (le publica Siruela: yo me llevé *Sobre gustos no hay nada escrito*, es verdad y hay donde elegir). La serie del comisario triestino Proteo Laurenti es una delicia para callejear y conocer todas sus identidades y diversidades actuales. Forma parte también del particularismo triestino. •